

3er. Domingo. Cuaresma. Año A

Lectio divina sobre Jn 4,5-42

Jn 4 es un relato que impresiona por su complejidad narrativa y su realismo y poder de evocación. Cansado de caminar, a mediodía, Jesús se entretiene a solas con una samaritana, en un lugar que recuerda el pasado patriarcal, común a judíos y samaritanos (4,6-12). La mujer, y las tres profesiones de fe que llega a hacer, provocada por Jesús (4,19: *profeta*; 4,29: *mesías*; 4,42: *salvador del mundo*), junto a la entrada en escena de los discípulos (4,27.31) y de los habitantes de la región (4,30.39), señalan la presencia de tres escenas diferentes (4,5-16,17-38.39-42). El *agua* (4,7.10.11.13.14.15) es el primer tema de una diálogo localizado junto al pozo de Jacob (4,6.11.12.14); *adorar/dar culto* es el segundo (4,20.21.22.23.24). Cuando aparecen nuevos personajes, cambio también el tema de la conversación; su presencia introduce nuevos motivos: los discípulos, que habían ido a comprar algo para comer (4,8.31), se sorprenden al ver que Jesús tiene otra hambre y un alimento diverso (4,31-38). Los samaritanos, viendo a Jesús, no tienen necesidad del testimonio de la mujer para creer en él (4,39-40).

Como Jesús a la samaritana, el evangelista guía a sus lectores para que hagan este recorrido personal de fe y descubran en el sediento a quien puede callar toda sed, en el desconocido a quien conoce la propia intimidad. Habrá que tener paciencia con Jesús para dejarse llevar por él, y tener el coraje de reconocer nuestras necesidades más ocultas, pero no menos reales. Y si, como la samaritana, permitimos que nos conceda su don, desnudos de convicciones personales y necesitados de salvación, lo reconoceremos inmediatamente. ¿No nos llama la atención que mientras los discípulos quieren dar de comer a Jesús, Jesús esté empeñado en hacer creyente a un pueblo?

En aquel tiempo, ⁵llegó Jesús a un pueblo de Samaria llamado Sicar, cerca del campo que dio Jacob a su hijo José; ⁶allí estaba el manantial de Jacob.

Jesús, cansado del camino, estaba allí sentado junto al manantial. Era alrededor del mediodía. ⁷Llega una mujer de Samaria a sacar agua, y Jesús le dice:

-«*Dame de beber.*»

[⁸Sus discípulos se habían ido al pueblo a comprar comida]. ⁹La samaritana le dice:

-«*¿Cómo tú, siendo judío, me pides de beber a mí, que soy samaritana?*»

[Porque los judíos no se tratan con los samaritanos].

¹⁰Jesús le contestó:

-«*Si conocieras el don de Dios y quién es el que te pide de beber, le pedirías tú, y él te daría agua viva.*»

¹¹La mujer le dice:

-«*Señor, si no tienes cubo, y el pozo es hondo, ¿de dónde sacas agua viva?; ¹²¿eres tú más que nuestro padre Jacob, que nos dio este pozo, y de él bebieron él y sus hijos y sus ganados?*»

¹³Jesús le contestó:

-«*El que bebe de esta agua vuelve a tener sed; ¹⁴pero el que beba del agua que yo le daré nunca más tendrá sed: el agua que yo le daré se convertirá dentro de él en un surtidor de agua que salta hasta la vida eterna.* »

¹⁵La mujer le dice:

-«*Señor, dame esa agua: así no tendré más sed, ni tendré que venir aquí a sacarla. Veo que tú eres un profeta. Nuestros padres dieron culto en este monte, y vosotros decís que el sitio donde se debe dar culto está en Jerusalén.*»

¹⁶Jesús le dice:

-«*Vete a tu casa, llama a tu marido y vuelve aquí.* »

¹⁷Ella le contestó:

-«*No tengo marido.* »

Jesús le dice:

-«*Cierto; no tienes marido. ¹⁸Has tenido cinco, y ése, con el que ahora vives, no es tu marido. En eso has dicho la verdad.* »

¹⁹La mujer replicó:

-«*Señor, veo que eres un profeta. ²⁰Nuestros antepasados rindieron culto a Dios en este monte; en cambio vosotros, los judíos, decís que es en Jerusalén donde hay que dar culto a Dios.* »

²¹Jesús respondió:

-«*Créeme, mujer: se acerca la hora en que ni en este monte ni en Jerusalén daréis culto al Padre. ²²Vosotros dais culto a uno que no conocéis; nosotros adoramos a uno que conocemos, porque la salvación viene de los judíos. ²³Pero se acerca la hora, ya está aquí, en que los que quieran dar culto verdadero adorarán al Padre en espíritu y verdad, porque el Padre desea que le den culto así. ²⁴Dios es espíritu, y los que le dan culto deben hacerlo en espíritu y verdad.*»

²⁵La mujer le dice:

-«*Sé que va a venir el Mesías, el Cristo; cuando venga, él nos lo dirá todo.*»

²⁶Jesús le dice:

-«*Soy yo, el que habla contigo.*»

²⁷En ese momento, llegaron sus discípulos y se sorprendieron de que Jesús estuviese hablando con una mujer; pero ninguno se atrevió a preguntarle qué quería de ella o de qué estaban hablando. ²⁸La mujer dejó allí el cántaro, volvió al pueblo y dijo a la gente:

²⁹-«*Venid a ver a un hombre que me ha dicho todo lo que he hecho. Será el Mesías?*»

³⁰Ellos salieron del pueblo y se fueron a su encuentro.

³¹Mientras tanto, los discípulos le insistían:

-«*Maestro, come algo.*»

³²Pero él les dijo:

-«*Yo tengo un alimento que vosotros no conocéis.*»

³³Los discípulos comentaban entre sí:

-«*¿Será que alguien le ha traído de comer?*»

³⁴Jesús les explicó:

-«*Mi sustento es hacer la voluntad del que me ha enviado hasta llevar a cabo su obra de salvación.*

³⁵*¿No decís vosotros que faltan cuatro meses para la siega? Pues yo os digo: Levantad la vista y mirad los sembrados, que están maduros para la siega. ³⁶El que siega recibe su salario y recoge el grano para la vida eterna, de modo que el que siembra y el que siega se alegran juntos. ³⁷En esto tiene razón el proverbio: 'Uno es el que siembra y otro el que siega'. ³⁸Yo os envío a segar un campo que vosotros no sembrasteis; otros lo trabajaron y vosotros recogéis el fruto de su trabajo.»*

³⁹Muchos de los habitantes de aquel pueblo creyeron en Jesús por el testimonio de la samaritana, que aseguraba:

-«*Me ha dicho todo lo que he hecho.*»

⁴⁰En aquel pueblo muchos creyeron en él. Así, cuando llegaron a verlo los samaritanos, le rogaban que se quedara con ellos. Y se quedó allí dos días. ⁴¹Todavía creyeron muchos más por su predicación, y decían a la mujer:

-«*Ya no creemos por lo que tú dices; nosotros mismos lo hemos oído y sabemos que él es de verdad el Salvador del mundo.*»

I. LEER: entender *lo que dice* el texto fijándose en *como lo dice*

El episodio se abre describiendo el encuentro de Jesús con una mujer samaritana. Se crea así el escenario (4,5-6), cuyo centro está constituido por dos largos diálogos (4,7-26.31-38), por medio de los cuales Jesús se revela, progresivamente, a la mujer y a los discípulos, para que, al final, todos los conciudadanos de la samaritana en bloque acojan a Jesús como *salvador del mundo*. Es significativo que, mientras que la conversación con la mujer ha sido iniciada por una petición de Jesús, la que mantiene con sus discípulos parte de una invitación de estos; la primera está motiva en la sed de Jesús; la segunda, en el empeño de sus discípulos de hacer comer a Jesús. De la necesidad de Jesús de beber surge el camino de fe que hace la samaritana; los discípulos, en cambio, guiados por su previsión, no logran saber qué clase de hambre tiene Jesús.

Protagonista indiscutible es Jesús, que nunca abandona la escena y que se va dando a conocer progresivamente a los tres grupos (4,10.22.25.32.42). Los títulos *judío* (4,9), *más grande que Jacob* (4,12), *profeta* (4,19), *mesías* (4,29), *salvador del mundo* (4,42) señalan las etapas fundamentales de la revelación de su identidad personal y del camino de fe de quien los pronuncia. Es significativo que en el diálogo con los discípulos el único título usado es el más obvio y anodino, *maestro*. Salvador – el título que cierra este itinerario de fe – es un título divino, en la tradición bíblica; en boca de los samaritanos resulta revelador: en un mundo en el que abundan los salvadores, dioses o emperadores, que Jesús sea proclamado salvador universal es la máxima confesión de fe posible a un pagano. Jesús, en un encuentro personal, ha dado inicio a la misión *ad gentes*, quedándose sólo dos días con ellos.

Un último detalle, no indiferente: la mujer se quedó a solas con Jesús un tiempo, lo suficientemente considerable como para 'escandalizar' a sus discípulos. Jesús se quedó con los samaritanos dos días. En ambos casos, quedarse con Jesús llevó a la fe; los discípulos que se habían alejado momentáneamente del maestro, y con buenas razones, son los únicos que no hacen una profesión de fe.

II. MEDITAR: *aplicar lo que dice el texto a la vida*

Un Jesús solitario, exhausto y sediento, llega a ser reconocido, al final, como el *salvador del mundo*: un estado de necesidad extrema, inicio tan desafortunado, puede conducir a una estupenda profesión de fe..., si está presente Jesús. Una debilidad tan humana en Jesús no impide a que se llegue a creer en él. *¿Por qué no me gusta tanto encontrarme con Jesús impotente, débil, solo? Que Jesús haya sentido necesidad de descanso, como yo, ¿me lo hace más a la mano o menos*

confiable? La necesidad de Jesús no era fingida, simple estrategia misionera. Estaba cansado, sediento y , si se tiene en cuenta el motivo de la ausencia de los discípulos, hambriento también.

La samaritana encuentra a Jesús junto al pozo, porque, también ella, necesitaba agua. Una necesidad tan ordinaria es motivo de un inesperado encuentro. En aquel momento, mediodía, era, además, insólito que una mujer acarrease agua; se solía hacer al amanecer. El encuentro es casual, pero guiado por una necesidad, cotidiana, de la mujer. *¿Cómo hacer para convertir mis más ordinarias necesidades en una oportunidad para encontrarme con Jesús? ¿Cuáles serían los deseos más normales que me podrían llevar hasta él?*

El ‘camino de la samaritana’ – que recorre dialogando siempre con Jesús – se inicia con una pregunta de Jesús, del todo normal, si no fuera judío. Pero Jesús pide para que se le pida, desea para ser deseado, ruega para que le rueguen: muestra su sed de salvar a la mujer de sus más íntimos deseos. *“Si conocieras el don de Dios y quién es el que te habla...”* Para entrar en contacto con ella, Jesús se descubre “a la medida” de la indigencia de la mujer. Pero este ‘detalle’ de amante salvador no será comprendido ni aceptado hasta que la mujer descubra su propia pobreza. Le bastaría ‘reconocer el don’, es decir aceptar al Donante. *Por más que mi pobreza sea etapa y motivo de la llegada de Jesús a mi vida, él es siempre don, no de agua de pozo, sino de agua que convierte en manantial a quien la beba. No basta, pues, conocer la propia indigencia; es preciso aceptar a Jesús como don del Padre, como lo que satisface nuestra sed y responde gratuitamente a nuestras más íntimas necesidades.*

La segunda etapa inicia cuando la mujer desea que le sea concedido el don ofrecido por Jesús, una mejor agua que la del pozo, el don del patriarca a su descendencia. Ella la pide para no sentir más sed, ni necesidad de acarrearla. El le descubre una sed más personal, íntima, insaciable, la de sentirse amada. *Antes de quedar ‘al descubierto’ por Jesús, ha tenido que desvelar su necesidad, pero Jesús no se conforma con ‘apagar’ necesidades habituales, hace emerger los más profundos, los menos reconocidos, los jamás confesados. No siempre, y no todos, estamos dispuestos a ser así ‘expuestos’, desnudos e inermes, en nuestros más recónditos deseos. Y eso nos hace evitar el encuentro con Jesús.* Por eso nos resistimos a verlo como don del Padre, porque pone a la luz del día lo que ocultamos en nuestro corazón.

‘Conocida’ en su intimidad, la samaritana cree en quien tan bien la conoce. La profesión de fe es todavía imperfecta, pero ha comenzado ya a confiarse en Jesús como profeta y le confía su profunda preocupación, que es la de su pueblo: dónde y cómo adorar al verdadero Dios. El adorador de Dios *en espíritu y verdad* debe antes afrontar su propia existencia, sin engañarse ni engañar, aceptando ser lo que es. *El Dios de Jesús no quiere ser adorado donde sus adoradores dan por supuesto que debe estar: el Dios adorable es Espíritu y Vida; sus adoradores le deben el espíritu y la vida.*

Última etapa del camino de fe de la samaritana – su meta y garantía – es el testimonio. *Me ha dicho todo lo que he hecho, repetirá.* Para creer, hay que encontrar; ha sido el encuentro personal, vivido en una mutua conversación, lo que la llevó a la fe. Y quien cree, se hace testigo, haciendo pública su experiencia. Después los samaritanos creerán..., después de haber vivido con él unos días. Permanecer con él, aunque sean sólo dos días, ¿puede hacer creyente un pueblo! *¿Cómo es que mi estar con Jesús tantos años no logra hacerme en él creyente? ¿No será que, como los discípulos dedicados a dar de comer a Jesús, nos estamos empeñando en hacer por Él cosas, buenas todas, y nos olvidamos de la sed que siente él de nosotros?* ¡Triste equivocación esta, propia de a dar algo a Jesús que, en realidad, no necesita!.

III. ORAR: desear que se realice en mí lo que he escuchado

Espérame, Señor, en el pozo de la alianza, a cualquier hora, espérame allí hasta que sienta sed de Ti.

Preséntate allí y háblame de tu necesidad para que yo reconozca las mías.

Libérame, poco a poco, del deseo de ser amado, tan profundo como caprichoso.

Haz que mi corazón, poblado de tanta pobreza, te haga sitio y logre descansar en Ti.

Déjame recibirte, si no como Te mereces, sí al menos como Te necesito.

Conviértete en el pan de mis hambres y el agua de mi sed para que yo pueda convertirme en tu testigo.